

Es, pues, evidente que el mundo cristiano no ha podido creer el dogma eucarístico sino en cuanto le ha sido impuesto por Dios. Si ha sido impuesto por Dios, es verdadero; y siendo verdadero no se puede negar que Jesucristo se halla real, verdadera y substancialmente presente en el Santísimo Sacramento. Concluyamos ahora la prueba con nuevos y decisivos argumentos, esto es:

### § III

#### CON EL TESTIMONIO DE LOS MISMOS HEREJES Y CON LOS MILAGROS

**12.** Insensatez de los racionalistas.—**13.** Símil que lo comprueba.—**14.** Berengario y la Eucaristía.—**15.** Testimonio de los incrédulos en favor de la real presencia de Jesucristo en el Santísimo Sacramento.—**16.** La real presencia probada por los milagros.—**17.** Resumen y conclusión.

**12.** Lástima da contemplar la demencia de algunos herejes modernos, que habiendo nacido ayer, pretenden saber más que todo el género humano, más que la Iglesia divinamente inspirada, y más que el mismo Dios hecho hombre. Nos referimos principalmente á aquellos que, desechando el orden sobrenatural, intentan medirlo todo por la flaca razón humana, y por la ciencia que hincha, sin reparar que ni la ciencia ni la razón podrán jamás comprender la naturaleza íntima de las cosas, ni el por qué en muchos de sus fenómenos.—¿Qué es la electricidad? ¿Qué el magnetismo? ¿Qué es la luz en su esencia? ¿Cómo se verifica la digestión de los alimentos en nuestro ser?... ¡Oh! El misterio nos rodea por todas partes, aun en las regiones meramente naturales. Si no hubiéramos de creer nada más que lo que entendemos, ¡cuántas cosas reales y verdaderas tendríamos que negar! Y si esto acontece en lo natural, ¿cuánto más en lo sobrenatural?

**13.** Al hombre le es permitido razonar é inquirir hasta cerciorarse de que Dios ha hablado; pero una vez mediando la palabra divina, calle el hombre, crea y adore; esto es lo razonable: lo demás es insensatez monstruosa. «¿No será Dios—dice el P. Monsabré—acredor á que asintamos rendidos á sus enseñanzas, cuando Él no se desdeña de abajarse hasta proponérmolas? Suponed que dos hombres incivilizados ven cruzar de repente ante su vista un tren de ferrocarril. Ellos jamás vieron cosa por el estilo, y si uno de vosotros se llega á ellos y se digna explicarles el mecanismo del tren, puede contar con que le admiren y estén con el ánimo pendientes de su palabra. Después de haberle escuchado, uno de ellos

exclama: «¡Qué portento! Yo soy demasiado ignorante para comprenderlo; mas ya que vos venís de una nación civilizada y del país de las ciencias, os creo bajo vuestra palabra y admiro el prodigio.» ¿No diríais que este era un hombre razonable y de talento? Contemplemos ahora el reverso de la medalla. El otro hombre indocto os mira con aire burlón y paga vuestras atenciones con la siguiente respuesta: «Señor mío, todo eso son patrañas. Jamás me persuadiréis de que la máquina de vapor no lleva oculto en su seno algún animal cuya fuerza arrastra el tren.» ¡Qué bruto! diréis en vuestro interior; y tendréis sobradísima razón. Pues he aquí el juicio que se puede formar de los incrédulos que niegan lo que no entienden.

Hablando del misterio de la Eucaristía y oyendo las horribles blasfemias de algunos hombres impíos, ¿no es verdad que se siente uno indignado y que los labios se mueven instintivamente para decir: «Dios mío, ¡qué insensatos!» Pero oigamos hablar á algunos de los herejes, que ellos mismos dejarán por completo sentado el dogma inefable del Santísimo Sacramento.

**14.** En el año de 1050, habiendo Berengario negado la *transubstanciación*, fué al punto condenado por toda la Iglesia, como sostenedor de una doctrina nueva, inaudita, falsa y herética. Convencido más tarde de error, el mismo Berengario, en el Concilio de Tours, bajo el pontificado de Víctor II, abjuró públicamente su herejía. Habiendo vuelto á caer en ella más tarde, abjuró de nuevo sus errores, siendo Pontífice sumo Gregorio VII, con la siguiente profesión de fe. *Yo, Berengario, creo de corazón, y mi boca confiesa que el pan y el vino se convierten en el verdadero, propio y vivo Cuerpo, y en la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, y que después de la consagración es el verdadero Cuerpo de Jesús que nació de la Virgen María, y la verdadera Sangre del mismo Jesús, que salió de su costado; y esto no en figura, sino en realidad y propiedad de la naturaleza y de la verdad de la substancia.* (Hist. Eccles.)

**15.** Y viniendo ya á los factores de la Reforma protestante, oigamos al patriarca de ellos, ó sea al impío Lutero: «Desearía—dice—encontrar un hombre suficientemente hábil para demostrarme, que no hay sino pan y vino en la Eucaristía; me prestaría en ello un gran servicio. Sudar me ha hecho el estudio de esta cuestión; pero me siento encadenado, porque el texto del Evangelio es clarísimo (1). Carlostadio—prosigue el mismo Lutero—atormenta el

(1) *Vellem quod posset aliquis mihi persuadere, nihil esse in Eucharistia, praeter panem et vinum, magno ille beneficio me devinceret; jam saepe gravibus curis in hac materia desudavi: verum ego me captum video. Nulla alabendi relicta est, textus Evan-*

pronombre HOC; Zuinglio debilita el verbo EST; Ecolampadio tortura la palabra CORPUS, y otros martirizan todo el texto. Si buscan quien se lo explique, no vengan á mí, vayan y pidan la explicación á los niños de la escuela, que estén aprendiendo á deletrear. Por lo que á mí toca, les reto á que presenten una sola Biblia en que se lean estas palabras: *Esto es el signo de mi Cuerpo*: En el interin, que callen la boca (1).

Esto dice nada menos que el impío Lutero; y si de él pasamos á Melancton, eco fiel de su maestro, dice así: «Las palabras de Cristo fulguran como rayos. ¿Qué ha de objetarlas el aterrorizado espíritu (2)? Si os permitis decir que Jesucristo no está realmente en la Eucaristía, entonces será permitido decir que Dios no es Dios, y que Cristo no es Cristo (3).

Y por no hacernos interminables, concluiremos con Erasmo, que escribía á Conrado lo siguiente: «Me es imposible poner en mi espíritu la negación de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, sobre todo en vista de la evidencia del Evangelio y de las Epístolas de los Apóstoles. Jamás he podido ni podré creer que Jesús, siendo como es la misma verdad y la misma caridad, haya podido permitir que su amadísima Esposa la Iglesia estuviese por tanto tiempo afecta á un error tan abominable, y adorase constantemente á un pedacito de pan.» (Erasm., *ad Ludovicum Verum*.) Es decir, que hasta los herejes mismos no han podido menos de confesar la real presencia de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía.

16. Por último, ¿qué diremos de los innumerables milagros, públicos y evidentes, antiguos y modernos, que nadie en sano juicio puede negar? La historia eclesiástica nos refiere que en el año 552, reinando el emperador Justino, un niño que había comulgado en Constantinopla fué por este hecho arrojado en un horno ardiendo por su cruel padre, que era judío, y las llamas no dañaron al niño.

En 1608, cuando se incendió la iglesia de Faverney, en el Franco Condado, multitud de personas vieron en el aire el santo relicario con dos Hostias consagradas, por espacio de doce horas, dando

gelii nimis est apertus. (Luter., Epist. ad Argentinenses.) Esto no obsta para que al mismo tiempo Lutero errara en la transubstanciación, como luego diremos.

(1) Rogamus Sacramentarios ne petant a nobis ut illum textum (Hoc. est Corpus meum) probemus. Possunt enim ea dare consulere pueros vis septem annum natos, qui in scolis istorum verborum syllabas colligeret discunt, etc. (Luter. in Apolog., De Coena Dominini.)

(2) Ista verba: *Hoc est Corpus meum*, fulmina erunt. Quid his opponet mens pertretracta? (De veritate corporis et sanguinis.)

(3) Melanch., *ad Federic Myconium*.

lugar á que acudieran millares de testigos á presenciar el prodigio. ¿Quién puede dudar de este hecho cuando están patentes las informaciones auténticas que fueron hechas por orden del Arzobispo de Besançon?

¿A quién no causa asombro el milagro de los Corporales de Daroca, y la Hostia consagrada, que se conserva en el Real Monasterio de San Lorenzo, en El Escorial, y que se expone á la pública adoración una vez cada año, mostrándose á los ojos de todos la sangre del Redentor?

El Angélico Doctor fué en Orvieto uno de los examinadores del gran milagro de 1262, que dió motivo á la institución de la festividad del Santísimo *Corpus Christi*. Aconteció que celebrando Misa un sacerdote bohemio en la ciudad Bolsena (próxima á Orvieto), junto á las catacumbas de Santa Cristina, tuvo en sus manos, troceadas en carne y sangre, las especies sacramentales, y aquella sangre manchó los Corporales, que con magnificencia conserva la Catedral de Orvieto, y algunos mármoles del altar que se guardan en Bolsena. El Obispo y clero de Orvieto resolvieron, en el año de 1887, hacer al Sumo Pontífice León XIII, entre otras ofrendas, la de una magnífica edición del Oficio para la solemnidad del Santísimo Sacramento y su octava, cuyo original compuso en aquella ciudad Santo Tomás de Aquino por orden del Papa Urbano IV, quien lo aprobó después (1).

¿Quién no ha leído el milagro de Santa Teresa de Jesús?—Cuando yo me llegaba á comulgar—dice la Santa en su vida, capítulo XXXVIII, núm. 13—y me acordaba de aquella Majestad grandísima que había visto, y miraba que era el que estaba en el Santísimo Sacramento (*y muchas veces quiere el Señor que le vea en la Hostia*), los cabellos se me espeluznaban, y toda parecía me aniquilaba. ¡Oh, Señor mío! Mas si no encubriérades vuestra grandeza, ¿quién osara llegar tantas veces á juntar cosa tan sucia y miserable con tan gran Majestad? Bendito seáis, Señor; alabemos los ángeles, y todas las criaturas, que así medís las cosas con nuestra flaqueza para que, gozando de tan soberanas mercedes, no nos espante vuestro gran poder, de manera que aun no las osemos gozar, como gente flaca y miserable.»

(1) Sobre este punto puede verse el diario católico *El Siglo Futuro*, número del 13 de Julio de 1887, donde se lee «El trabajo crítico acerca del Oficio del Santísimo Sacramento» es del profesor Ucelli, inédito hasta ahora, y que despertará gran interés, tanto por darnos el texto genuino del Santo Doctor, cuanto porque nos representa la primitiva forma de aquel devotísimo Oficio.

Sería cuestión de no concluir nunca si hubiéramos de citar los milagros asombrosos que prueban la real presencia de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía; pero ¿qué más milagros que los espirituales obrados en las almas, cuando dignamente reciben la santa Comunión?

17. Así, pues, damos por terminada esta prueba; porque hallándose el dogma eucarístico perfectamente expresado *por las divinas Escrituras, por la Tradición, por los Concilios generales y provinciales, por la creencia y práctica universal de la Iglesia, por la razón teológica, por los mismos herejes y por multitud de milagros innegables*, ¿para qué hemos de buscar más?

Lo que interesa es que los cristianos todos, hombres y mujeres, sabios é ignorantes, grandes y pequeños, vivamos completamente enamorados del Santísimo Sacramento; que tengamos nuestras delicias en visitarle, en adorarle, en amarle, y, sobre todo, en recibirle con las condiciones debidas, pues es palabra divina que *el que come de ese Pan celestial vivirá eternamente*. Y si alguno intentare poner á prueba nuestra fe inquebrantable, hemos de imitar á San Luis, rey de Francia, que cuando le llamaron para que viera el Niño hermosísimo que milagrosamente se dejaba ver en la Santa Hostia de su capilla, respondió: «El que no lo creyere puede ir á verlo; que mi fe no necesita de la vista para creer en la real presencia de Jesucristo en el inefable y augusto Misterio de nuestros altares» (1).

(1) Tomás Bocio, lib. XIV, *De Seng. Eccles.*, cap. VII.

## CAPITULO XVII

### El Dogma de la Transubstanciación

1. El Corazón de Jesús, centro de nuestros corazones.—2. La serpiente del desierto, símbolo del corazón eucarístico de Jesús.—3. Saetas amorosas del Corazón de Jesús al nuestro, y viceversa.

EL Corazón sacratísimo de Jesús en la divina Eucaristía debe ser el centro de nuestros amores, al cual se dirijan diariamente todos los efectos de nuestro corazón. Recordamos una pintura alegórica, en la cual se ostenta el Corazón deífico tal cual le mostró el Señor á la Beata Margarita María de Alacoque, pero atravesado por una flecha que le arrojó un ángel sagitario amoroso, y en la parte superior se leían estas palabras: *Ad centrum*, como diciendo: «Enderezo todas mis acciones y todos mis afectos *al centro* del Corazón divino (1).

Con efecto; siempre, pero muy en especial en estos últimos tiempos, nos ha mostrado nuestro dulcísimo Redentor su corazón sacratísimo como signo de nuestra eterna salud; de tal suerte que si las naciones modernas quieren salvarse y recobrar la tranquilidad perdida, ha de ser por la devoción tierna y verdadera al Corazón deífico. *Positus est hic in signum*. (Luc., II, 34.)

2. Allá en lo antiguo puso el Señor al pueblo de Israel, para curarle de la mordedura venenosa de la serpiente, una hecha de metal y suspensa de un palo, diciendo á Moisés: *Este es el único signo de salud. Pones eum pro signo*. (Núm., XXI, 8.) Y de semejante manera á nosotros los cristianos nos ha puesto Dios, como señal cierta de nuestra salvación eterna, el Corazón divinísimo de Jesús, suspenso del madero en el Calvario y vivo (tal como está en el cielo), en el Sacramento eucarístico, y á él quiere que dirijamos siem-

(1) Ginther: *Speculum amoris*, consider. 44.